



Carta de Su Santidad al Emo. Cardenal Sancha.

Querido hijo nuestro: Salud y bendición apostólica. Nuestro querido hijo el secretario de Estado nos ha dado conocimiento de las conferencias celebradas hace poco en Madrid por algunos Obispos españoles, bajo tu presidencia, con el objeto de estudiar los medios más conducentes para promover entre vosotros la acción católica. Gran satisfacción nos ha causado la noticia de estas conferencias, pues muchas veces y públicamente hemos enseñado que Nuestro mayor anhelo era que los católicos españoles se uniesen en estrechísima concordia. Las citadas conferencias demuestran con evidencia que los Prelados españoles, no solamente convienen con Nos en la necesidad de esta concordia, sino que procuran con todo empeño restaurar entre los fieles la unión de voluntades. El que á esas conferencias haya concurrido gran número de Obispos, no puede menos de producir saludables frutos en el pueblo cristiano, especialmente porque hace ver la necesidad de que cada cual prescindiera de sus propias opiniones y distintos pareceres en materias discutibles, si queremos atender con eficacia á los intereses de la Religión, que hoy se hallan en grave peligro.

Por lo cual, ardientemente deseamos que los Obispos españoles insistan con ánimo constante y firme en encarecer abierta y públicamente la necesidad de mantener la unión entre todos los católicos, pues de ahí se seguirá, sin género de duda, que vuestras disposiciones conmuevan al pueblo con más energía y consigáis más fácilmente realizar vuestros propósitos.

Hemos sabido también que en dichas conferencias han indicado algunos la conveniencia de crear en todas las diócesis juntas particulares que obren de acuerdo con la junta constituida en Madrid como principal. No podemos menos de aplaudir esta indicación sabia y oportunamente pensada, pues juzgamos que ha de ser muy eficaz para crear y consolidar en España la unión de todos los católicos. Por lo cual abrigamos la plena confianza de que todos los Obispos de esa nación han de aceptar esa idea, no sólo con su asentimiento, sino también con su coopera-

ción. Es, sin embargo, Nuestra voluntad que en la ejecución de la empresa y en la determinación de las bases por que se han de regir estas Asociaciones, corresponda la dirección á tí, que ocupas la más alta dignidad entre los Obispos de España. Mucho te recomienda á Nuestros ojos tu actitud, tu experiencia y tu fiel adhesión, por las cuales no necesitas para ello estímulos de ningún género. Creemos sin embargo, necesario desvanecer y estimular tu modestia, lo cual hacemos gustosos, exhortándote encarecidamente á que te pongas con ánimo valiente y esforzado al frente de tan alta empresa, en la plena seguridad de que has de contar con el apoyo de todos tus compañeros de dignidad. Y si, conociendo la debilidad humana, consideras necesario el auxilio divino para tan grande empresa, Nos pedimos á Dios que se digne inspirarte, y como prenda de las gracias celestiales, damos con gran benevolencia, la bendición apostólica á tí, á los demás Obispos y á los fieles españoles.

Dado en Roma, en San Pedro, el día 22 de Abril de 1903, vigésimosexto año de Nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.

Suceso extraordinario

Según leemos en *La Luz de Astorga*, durante la misión que en San Martín de Manzaneda han predicado hace poco los PP. Redentoristas, ha ocurrido algo extraordinario, de lo cual se hace eco dicho periódico, y nosotros con el, sin querer por esto prevenir el juicio de la autoridad eclesiástica, limitándonos á ser relatores de hechos que han adquirido ya bastante publicidad.

Era el día de Santo Toribio, 20 del pasado Abril. La Misión, que hasta entonces no era muy concurrida, llegaba ya á su prometido.

Aquel día era señalado para la función de *Desagravios* ó acto solemne de contrición delante de Jesús Sacramentado, que suelen hacer los PP. Redentoristas en sus misiones antes de dar principio á las confesiones del pueblo.

La gente acudió aquel día en gran nú-

mero, atraída sobre todo por el alumbrado que en forma de pórtico ó arco triunfal habían reparado los PP. en el altar mayor para la exposición de S. D. M. Según la voz pública refiere, estando el P. Mariscal haciendo el acto de Desagravio con el pueblo, después del sermón, el auditorio se puso de pié de repente como deseando ver mejor algo que aparecía sobre el altar, en el lugar mismo ocupado por el sagrado viril. El predicador les hizo hincarse de rodillas de nuevo y siguió hablando.

Una voccecita de niña se oyó entre tanto. Era una chiquita de unos siete años llamada Eudoxia Vega, del lugar de Escondido, que decía en gallego á su madre: «*Eu quero ver o neno, eu quero ver o neno.*»

El P. Mariscal exponía á la sazón aquellas palabras de Isaias: «*Todo el día estoy con mis brazos extendidos hacia mi pueblo, que no cree en mí y que me contradice continuamente.*» Muchos niños y mayores, entre quienes se cuenta el señor cura párroco, D. Pedro Rodríguez, afirman que vieron entonces sobre el altar, en el lugar mismo de la Sagrada Hostia, un Niño hermosísimo, como de unos siete á ocho años, vestido de túnica blanca y con los brazos extendidos hacia el pueblo, como si quisiera dar á todos un abrazo.

Entre los nombres que hemos podido recoger de personas que hayan visto la aparición, figuran como los más favorecidos un niño de Pontevedra, residente en Manzaneda, llamado Claudio Varela, las niñas Sara Cereijo y Aurora Pérez, del lugar de Soutelo, de la misma parroquia, Amparo Cereijo, Albina Rodríguez y Concepción Arias, del lugar de Cimadevila, Luisa Arias, de Escondido y Gertrudis Losada, de Rozabales. Un joven de 19 años de Soutelo, por nombre José Blanco, afirma haber visto también al niño aparecido, aunque confiesa ingenuamente que, por más esfuerzos que hizo, no

pudo verle el rostro. Una de las niñas arriba dichas, Luisa Arias, reparó en que el niño tenía una gran herida en el costado á la que se aplicó la mano derecha, como para sujetar la sangre que de ella corría.

El señor cura que estaba de preste en la función y que permanecía arrodillado al pié del altar afirma haber visto al Niño Jesús, con sus brazos no solo extendidos sino realmente clavadas sus manos en una cruz con el pecho abierto y asomando por la herida su corazón; ofreciéndose á confirmar su deposición con juramento solemne. Afirma, además, que al querer colocar en el copón la Santa Hostia, cuando hubo llegado el momento y poseído de un gran temor por lo que acaba de ver hasta aquel instante, no se atrevía á tocar las Sagradas especies. Entonces pareció la Santa Hostia, animada de un movimiento propio, y desde la *limula* del viril se entró por sí misma en el copón.

Los efectos saludables que obró la celestial visita en el pueblo de Manzaneda se hicieron sensibles desde el mismo día. La misión cambió de aspecto; hicieron reparaciones de todo género; y donde se notaba antes una frialdad glacial, comenzó á sentirse un extraordinario fervor. El día de la comunión general duró esta desde las seis hasta las nueve y media de la mañana; efecto de que los pueblos comarcanos atraídos por la fama del prodigio venían á San Martín deseosos de participar del cuerpo del Señor en donde se había mostrado tan amoroso y complaciente.»

Para satisfacer á la piedad del pueblo que se cree favorecido con una extraordinaria visita del Señor, en la cruz de misión que se colocó el 27 de Abril se representó un Niño Jesús con los brazos extendidos, encima de un cáliz dorado, rodeado de resplandores.»

Hasta aquí *La Luz de Astorga* cuyo relato hemos reproducido con el título de suceso extraordinario; porque en efecto hechos como el que refiere y reproducimos con las debidas reservas, no son de todos los días.

Pero si lo son de todos los tiempos y muy especialmente de los que como los presentes parece que la fé se debilita y parece también como que la misericordia divina acude en socorro del mundo cristiano para que no retroceda á la barbarie.

Los milagros eucarísticos han sido en todas las épocas la palanca de la civilización y el sosten de lo sobrenatural en la tierra: de ese sobrenatural que tanto

aborrece la *bestia humana* cuando entregada á sus pasiones quisiera destruir lo que las enfrena,

Recordemos á este propósito la última aparición eucarística de la Martinica durante los terribles sucesos de Monte pelado.

Y recordemos otro hecho eucarístico ocurrido también en Francia; hecho que constituyó no un prodigio solo sino una serie de prodigios que influyeron de una manera decisiva sobre aquella época tan parecida á la que atravesamos.

Hélo aquí como lo relata la pluma de Monseñor Segur en su opúsculo *Presencia Real*.

NICOLASA DE VERVINS

Pocos años después de la invasión del protestantismo en Francia, Nuestro Señor quiso *protestar* á su manera contra las blasfemias antieucarísticas de los nuevos sectarios, por medio de un hecho tan auténtico como extraordinario, que sirvió poderosamente para sostener la fe de los católicos.

La Francia entera ardía en fuego y en sangre; el furor de los hugonotes promovía por doquier increíbles atrocidades; más de mil iglesias acababan de ser saqueadas, gran número de sacerdotes, de religiosos y religiosas habían sido asesinados, quemados vivos, ahorcados y martirizados, las santas Hostias eran por todas partes profanadas con refinamientos tales de impiedad y de indecencia, que no nos atreveríamos á citarlos; la Eucaristía se había convertido en el blanco de los más horribles ataques; justo era y muy justo que el divino Salvador consolase y fortaleciese á sus fieles por vías extraordinarias. Esto fué lo que hizo en la persona de una pobre jóven del Laonnais, Nicolasa de Vervins, quien para toda la Francia se convirtió en verdadero instrumento de las misericordias del Señor.

Permitió Dios que tres principes de los demonios; á saber, Belzebú, de quien habla especialmente el Evangelio; Astarot, adorado en otro tiempo en Tiro bajo el nombre de Astartes ó Venus, y otro llamado Cerbero, honrado también por los paganos con un culto público, entrasen en ella con una *legión* de demonios inferiores, á fin de atraer sobre esta sencilla y piadosa jóven la atención general, y poner completamente de manifiesto, por medio de milagros que duraron sin interrupción más de tres meses, la realidad de la presencia de nuestro Señor Jesucristo en el santísimo Sacramento del altar.

Todas las Autoridades, eclesiásticas y civiles, han atestiguado de la manera más explícita la certeza de los hechos: testigos fueron de ellos los ministros protestantes al igual de los sacerdotes católicos: pasaron las cosas en pleno día, en público, y, como ya he dicho, durante tres meses consecutivos acudieron á presenciarnos de cien leguas á la redonda; y más de cien mil personas fueron testigos de aquellos hechos sobrenaturales.

El reverendísimo Joun de Bours, obispo de Laón, gran limosnero del rey de Francia Carlos IX, era quien personalmente hacia los exorcismos solemnes, y esto en plena catedral, sobre un tablado levantado expresamente, en preseneia de todo su clero, de los magistrados de la provincia y de una concurrencia que diariamente ascendía á diez, quince y hasta veinte mil personas. Un notario del Rey era quien, durante la sesión, redactaba las sumarias. Y los hugonotes asistían á estos actos, y lo examinaban minuciosamente todos con una impotente cólera.

Ya comprenderá el lector que en este pequeño trabajo no puedo referirle con todos los detalles que serían necesarios este tan memorable hecho: pero puede, si de ello gusta enterarse, leer la historia auténtica y minuciosa que de él se ha publicado recientemente y cuya lectura excluye la posibilidad de la menor duda.

Me contentaré con decir que la infeliz poseída, reducida á cada instante á un estado de sufrimientos que hacía temer por su vida, á transformaciones monstruosas, á fenómenos sobrenaturales y diabólicos, que desafiaban al arte y á la ciencia, hallábase inmediatamente curada con sólo que tocase á ella la sagrada Eucaristía. Volviase súbitamente ciega, sorda, muda ó parálitica: tocaba sus ojos el santísimo Sacramento, y recobraba inmediatamente la vista; tocaba sus orejas, y oía; tocaba su lengua, y podía hablar, su cuerpo, y recobraba al instante su forma natural y el uso de sus miembros todos. La Comunión era su único remedio, y hubo día en que, por excepción, tuvo que serle administrada hasta veinte veces.

«El cuerpo de la paciente, dice uno de los últimos expedientes instruidos, oponía una resistencia tal, que en lugar de los diez hombres que habitualmente la sostenían eran menester aquel día más de quince para colocarla sobre el tablado, y aún así casi no podían conseguirlo... Entonces, pues, el reverendo señor Obispo en ayunas, confesado, y de esta suerte asistido, á eso de las tres de la tarde comenzó, continuó y terminó esta vigésima

primera y última conjuración solemne, durante la cual la demoniaca horriblemente hinchada, sacando la lengua fuera de la boca, hasta llegarle á la barba. hablaba, sin embargo nombrando y apostrofando á todas las personas de justicia y á otras varias allí presentes.

«El diablo, conjurado á que salga, responde al Obispo que no saldrá todavía. El señor Obispo, que sostenía en la mano la Eucaristía, le dijo:

«—No te volveré á preguntar cuando saldrás, sino que te haré salir ahora mismo por medio del poder de Dios vivo y del precioso Cuerpo de Jesucristo, su querido Hijo, aquí presente.

«—Si, lo confieso, contesta el demonio: *aquí está verdaderamente el Hijo de Dios: es mi Señor.* Mucho me pesa el confesarlo; pero me veo obligado á ello.

«Y con gran sorpresa de la inmensa multitud, repite con rabioso acento:

«—Si, verdaderamente; saldré ahora mismo *en virtud de este Cuerpo de Dios.* Tengo que salir. Pésame tener que hacerlo tan pronto y haber de confesar *esta verdad que no viene de mí, sino de mi Señor que me ha enviado, y que me gobierna y me obliga á decirlo.*

Y repitió muchas veces esto mismo.

Después el Obispo, tomando la Eucaristía sobre la platina del caliz de oro y teniéndola elevada dijo:

«—¡Oh maligno espíritu Belcebú, mortal enemigo de Dios, hé ahí el precioso Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, tu Señor y Dueño. Yo te mando, en nombre de la virtud del Cuerpo de nuestro Salvador y Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, aquí presente y que á tu vista tienes, que salgas ahora mismo del cuerpo de esta pobre criatura de Dios, y que te vayas á lo profundo de los infiernos para ser allí atormentado. ¡Sal, espíritu maligno, sal! Hé aquí tu Señor, ¡sal!

«La energúmena se agitaba de una manera atroz. Sus huesos crujían más que ninguna de las otras veces, con gran pena y sudor de doce ó quince personas que, para dominarla, vacilaban por acá y por allá, tanto era lo que ella apartaba la vista en presencia de la santa Hostia que el reverendísimo señor Obispo le ponía siempre delante de los ojos, á cualquiera parte que ella los volviera. Tenía además la boca desmesuradamente abierta, la lengua colgante, el rostro enormemente hinchado, pasando sucesivamente por todos los colores, amarillo, verde, gris, azul y otros. De tal manera que no tenía aspecto alguno de criatura humana,

sino únicamente el del gran diablo, que así al vivo se representaba en ella.

«Por otra parte, el pueblo maravillado y horrorizado con verla y oirla así horriblemente crujir, porque la voz salía de su boca como el rugir de un toro, el pueblo, cuya mayoría derramaba gruesas lágrimas, gritaba:

«—¡Jesús, misericordial

«Entre tanto el Obispo hostigaba vivamente al demonio, que cedió por unos momentos. Nicolasa cayó desvanecida en los brazos de los que la guardaban. En aquel estado había conservado su horrible deformidad. Hízose ver á la justicia y al pueblo, y todos se sintieron poseídos de terror. Era como una bola, como un erizo encogido en su piel.

«Acercóse á ella el reverendísimo señor Obispo, y según acostumbraba se arrodilló para presentar la Eucaristía á la paciente, la cual ni sostenerse podía, puesto que estaba como muerta. Mas, de pronto el diablo vuelve á ponerse furioso, y valiéndose de la mano de ella, esfuézase en coger el brazo con el cual sostenía el Obispo la santa Hostia, y coger también la misma Hostia sagrada; y después se remonta por el aire, casi fuera del alcance de las guardias y de la demás gente. El Obispo se hace atrás totalmente asustado y se levanta pálido como un cadáver. ¿A quien no le hubiera causado sumo miedo una cosa tal? Pero inmediatamente recobra sus sentidos y se pone á perseguir por todas partes al demonio, que derriba á sus guardas para escapar de aquella espada que le persigue. El pueblo, testigo de aquel espectáculo, prorrumpe en gritos y suspiros, cae de rodillas y ora con lágrimas y gemidos.

«Entonces Satanás se escapa por segunda vez, produciendo gran ruido y exhalación como un trueno. Pero vuelve á entrar inmediatamente, é irgiéndose furioso, fija una aterradora mirada en las gentes del príncipe de Condé y en los demás hugonotes que allí estaban de pié y con la cabeza cubierta, como si les reprochase tanta audacia y tanta incredulidad.

«—¡De rodillas y la cabeza descubierta grita el pueblo. ¡De rodillas delante del precioso Cuerpo de nuestro Salvador y Señor Jesucristo!

«Y se promovió un gran tumulto.

«Entre tanto el Obispo, sin abandonar su puesto, y sosteniendo siempre firmemente el *Corpus Domini*, decía al pueblo:

«—No os movais amigos míos: ved ahí el precioso y verdadero Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo presente que

nos ayudará. Cese ya el tumulto: poneos de rodillas y orad. En nombre de Dios os lo pido, no os hagais daño los unos á los otros.

«Inmediatamente después de estas palabras, púsose de rodillas el pueblo y rogó á Dios por la infeliz mujer. Después el Obispo, armado siempre con la santa y sagrada Hostia, siguió persiguiendo á su enemigo; de tal manera que el diablo, vencido por el poder y por el mandato de nuestro Redentor, se alejó con humo, relámpagos y truenos, como fielmente lo han atestiguado muchos que estaban fuera de la iglesia y otros que de los campos se encaminaban á la ciudad.

«De esta suerte dejó por tercera y última vez el cuerpo de dicha desventurada Nicolasa, á eso de las tres de la tarde del 8 de Febrero, en día de viernes, aproximadamente á la hora en que Nuestro Señor Jesús triunfó del infierno por medio de su gloriosa y para nosotros muy provechosa muerte.

«Inmediatamente Nicolasa, poniéndose de rodillas, hizo para probar su salvación la señal de la cruz, y después se la oyó dar devotamente las gracias á Dios y al Obispo, diciendo:

«—Señor, os doy humildemente gracias por el gran bien que por vuestra mediación me hace Dios y por el trabajo que habeis tenido la bondad de tomaros por mí. Estad seguro de que jamás lo olvidaré, y de que pediré siempre por vos al Señor.

«Y el Obispo la dió á besar la cruz.

«Entonces ella dirigió hacia el pueblo que lloraba de alegría, que proclamaba el milagro y que cantaba victoria, sus ojos bellos, claros y modestos, encendida la faz, y entreabiertos sus labios por la sonrisa del reconocimiento y de la piedad... Los católicos derramaban abundante llanto de alegría, y prorumpían también en devotas acciones de gracias á Dios por un tan sublime, por un tan evidente milagro, hecho por virtud de su precioso Cuerpo y de su poder infinito.

«Por último, el Obispo dió á Nicolasa la Comunión con la Hostia misma que acababa de arrojar al diablo, y que ella recibió con la mayor humildad.»

Esta posesión extraordinaria y providencial había comenzado el 3 de Noviembre del año 1565, y terminó, como acabamos de verlo, el 8 de Febrero del año siguiente. Nicolasa tenía diez y seis años; estaba casada, y era de una conducta sumamente piadosa y honrada. El rey Carlos IX quiso verla é interrogarla, y otro tanto hicieron otros muchos grandes

personajes, entre ellos el príncipe de Condé, jefe del partido hugonote. La fama de ese terrible milagro, que se prolongó tres meses, recorrió toda la Francia.

Imposible sería pintar el furor y la consternación de los protestantes, que no podían negar hechos tan públicos y tan notorios. Repetidas veces trataron de apoderarse de Nicolasa; uno de los suyos, el médico Carlier, llegó hasta el punto de envenenarla, aprovechándose de una ocasión en que la energúmena se hallaba sumida en un letargo sobrenatural, encorvada como un aro, tocando con la cabeza á los pies, y con la boca desmesuradamente abierta. Pero desde el momento en que la sagrada Eucaristía hubo tocado á sus labios, volvió ella inmediatamente en sí, exclamando:

— ¡Jesús! ¡Martal! ¿Qué se me ha dado? ¡Me quemol!

Y en tres veces arrojó el veneno, sin que arrojara á pesar de sus esfuerzos la sagrada Hostia; lo cual visto por dos señores hugonotes, que presenciaron aquella escena toda, les hizo exclamar:

— Lo creo porque lo he visto. Ya no quiero ser más hugonote.

Y entrambos se convirtieron.

Otro tanto hicieron muchos otros protestantes, figurando entre ellos un alemán, llamado Estéban de Vosque, á quien se había hecho colocar en un sitio inmediato á la pobre Nicolasa, en el tablado mismo, á fin de que pudiera ver y comprobar mejor los hechos. Durante el Oficio, á la elevación, que el Obispo prolongaba adrede, levantóse de pronto la poseída, pegó un bote hasta la altura de seis pies, arrastrando consigo á todos los que la guardaban, y volvió á caer sin movimiento. Estéban de Vosque cayó de rodillas y exclamó, bañados los ojos en copioso llanto:

— Ahora creo que es verdaderamente el diablo el que está posesionado de esta infeliz criatura, y que el verdadero Cuerpo de Jesucristo es quien le arroja. Lo creo, y aseguro que para siempre dejó de ser hugonote.

Instruida de todo la Santa Sede, dió tal importancia al milagro del Cuerpo de Dios, como se le llamaba, que los soberanos Pontífices san Pio V y Gregorio XIII atrajeron sobre él la atención del mundo entero, bendiciendo á Dios por haber opuesto este dique á las furiosas oleadas de la herejía. San Pio V decía entre otras cosas en su breve del 8 de Octubre de 1531: «Conviene esforzarse en hacer llegar á noticia de todos los pueblos este admirable milagro de la sagrada Eucaristía.»

Lo mismo podemos decir hoy nosotros: conviene hacer llegar al pueblo estas grandes maravillas de que está completamente á oscuras gracias á una prensa impía, incrédula y sectaria que solo se ocupa de mentirle y engañarle para explotarle mejor.

VARIADOS

La confesión y la quinina

¿Que tiene que ver una cosa con la otra?, dirá el lector. El título que poneis á estos apuntes, más que de persona racional parece dictado por un lunático. Sin embargo, oigan la relación siguiente y después de bien meditada me dirán ustedes si nó existe la semejanza que no han visto al principio.

Había en cierta comarca cuatro enfermos de fiebre palúdica; á todos ellos les prescribió el facultativo el alejamiento del sitio pantanoso en que se hallaban, el uso frecuente de la quinina, amen del plan higiénico propio de estos casos. Pues bien, el primero de estos siguió al pié de la letra los preceptos y consejos del doctor y se puso bueno en muy poco tiempo.

El segundo se alejó sí del pantano; pero ó no tomaba la quinina ó la tomaba muy de tarde en tarde, así es que de nada le servía y su mal se hizo muy pesado. Cuando se decidió á tomar el febrifugo con la frecuencia que reclamaba su estado, sanó de su enfermedad.

El tercero, aunque usaba el medicamento, no se quiso alejar del pantano ni á tres tiros. El mal se hizo crónico, sobrevino la caquexia palúdica y la muerte fué el término de su obstinación.

El cuarto se medicinaba como manda la ciencia, se alejó del foco de infección, pero tomaba de toda clase de sustancias aún las más indigestas, es decir, quebrantaba las reglas de la higiene. Un día que se comió catorce higos y se bebió medio cuartillo de aguardiente, espiró en medio de terribles dolores.

Habiendo presenciado estas escenas un individuo de cortas luces exclamó: ¿No dicen los médicos que la quinina corta las fiebres palúdicas? Sí, le respondió la voz del sentido común, pero esto se verifica cuando esta sustancia se toma de la manera que indican los facultativos.

Ahora donde dice facultativo pongan ustedes la palabra sacerdote; donde dice quinina pongan confesión sacramental; á la palabra pantano sustituyan la de ocasión próxima de pecado; y en lugar de medios higiénicos digan oración, mortificación, abstención de diversiones peligrosas, prohibición de lecturas pornográficas y liberales, evitar toda clase de exceso, etc., etc., y hecho esto, ya no encontrarán descabellada la semejanza que hemos establecido.

Porque ¿qué efecto puede producir en el

mejoramiento de la conducta de un individuo la confesión sacramental aún siendo esta remedio infalible, cuando su práctica va acompañada de cosas que neutralizan por completo su saludable acción.

Es farisaico, por tanto, el lamento de los incrédulos y de muchos mundanos, que con fingido candor dicen ser ineficaz una medicina, cuando esta no se emplea en la forma y manera que al instituiria estableció su autor.

JUAN IBAÑEZ-PACHECO Y MORENO.

Drama revolucionario

El horroroso asesinato de los reyes de Servia, individuos de la familia real y algunos ministros, que es la última noticia de sensación que la bestia revolucionaria ha proporcionado en estos días, dá una idea de la rápida marcha con que el liberalismo nos lleva en derechura á la anarquía más espantosa.

Son los frutos del árbol maldito que está saboreando no ya Europa sino el mundo entero.

Parece que las naciones fuertes que conservan un poco de instinto de conservación han empezado á comprender que ya es hora de tomar otro camino ó suicidarse y han elegido lo primero; pero en vano tomarán la dirección de la fuerza si esta no vá acompañada de la verdad y la justicia, pues entonces será cambiar un despotismo por otro despotismo y una tiranía por otra tiranía.

Sólo Jesucristo puede salvar las naciones.

Solo el Evangelio puede salvar el mundo.

O al Evangelio ó á la barbarie.

Y esto en plazo brevísimo pues las distancias se estrechan y la ola anárquica crece en progresión geométrica.

LA LECTURA POPULAR

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción . . .	4 pesetas mensuales
Media id.	2 " " "
Un cuarto id. . .	1 " " "
Un octavo id. . .	0'50 " " "

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Pza 6, principal, y en las demás librerías católicas.